

“Cada uno de nosotros deja la vida con el sentimiento de que apenas acaba de nacer”

Epicuro. -

EL PROBLEMA DEL ALMA EN PLATÓN

Evelyn Anahí Zelaya

INTRODUCCIÓN

La doctrina del alma es un tema apasionante para todo aquél que se represente el fin de su existencia física y busque una esperanza de “permanecer”, será por ello que se han esbozado diversas posturas a lo largo de la historia.

Las primeras nociones del problema se remontan a las posiciones vertidas por las Upanishad y el Orfismo. Así, en las Upanishad -libros sagrados hinduistas- nos encontramos con la idea de un descenso de las almas individuales en los cuerpos a modo de individuación, dado que, sólo el Uno existe, la existencia individual es una ilusión. Las almas particulares resultan de la individualización del Brahman y al entrar en los cuerpos –individualizarse- entran, al mismo tiempo, en el reino de la preocupación, del deseo. El espíritu cuando entra en un cuerpo que nace a la vida se carga de males, necesita salir de él para librarse de ellos. Entonces, el alma universal está fragmentada en los cuerpos y prisionera en ellos. Liberados de las ataduras del cuerpo, el alma reconoce su esencia divina y, haciéndose inmortal, retorna a su origen, el “Uno”. La multiplicidad es ilusoria *“Tu eres, también, el Absoluto”*¹.

En la religión griega de la antigüedad, la cual no se constituyó a partir de una revelación divina plasmada en un texto sagrado como la Biblia, sino que ha sido moldeada fundamentalmente de la mano de los poetas, como Homero y Hesíodo², también encontramos la alusión a la dualidad cuerpo y alma. Homero hace alusión a la existencia del alma e imaginaba el trasmundo que le esperaba: el Hades. Sin embargo, no establece claras distinciones con respecto a lo corporal. Las relaciones entre el alma y el cuerpo

¹ TRESMONTANT, Claude, “El Problema del Alma”, Editorial Herder, Barcelona, 1974, págs. 13/15.-

² ELOS MIRANDA, Andrés, “La inmortalidad del Alma: una exploración general y tentativa a través de Homero, el Orfismo, Platón y Aristóteles”, Repositorio de la Universidad de Chile, 2010, Disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/109924>, consultado el: 12/07/2021, pág. 8.-

no están explícitamente definidas en Homero, tampoco los conceptos de cada uno de ellos³.

La distinción clara y explícita entre alma y cuerpo comienza a gestarse en la historia de Grecia con el advenimiento del Orfismo, una corriente religiosa que apareció en Grecia aproximadamente entre el siglo VII y VI a.C., inspirada en escritos atribuidos a Orfeo⁴. El movimiento órfico supone un enfrentamiento a las tradiciones religiosas de la ciudad griega y, en definitiva, una nueva concepción del ser humano y su destino que parece elaborada contra la teología dominante de los griegos, es decir, la de Hesíodo y su Teogonía⁵. Sus aportes más distintivos radican en la interpretación del ser humano como un compuesto de cuerpo y alma. El alma es indestructible, sobrevive y recibe premios o castigos más allá de la muerte, siendo lo esencial, lo que el iniciado debe cuidar siempre y esforzarse en mantener pura para su salvación. El cuerpo es un habitáculo temporal, una prisión para el alma, que en la muerte se desprende de esa envoltura terrenal y va al más allá a recibir sus premios o castigos, los que pueden incluir algunas reencarnaciones en otros cuerpos (y no solo humanos) hasta lograr su purificación definitiva y reintegrarse en el ámbito divino⁶.

Para expresar su credo, los órficos recurren a una mitología, que explica la vida humana como una condena en que el alma debe purgar un crimen titánico. Según este mito, los antiguos Titanes, mataron al pequeño Dioniso, hijo de Zeus y Perséfone, atrayendo al niño con brillantes juguetes a una trampa. Lo mataron, lo descuartizaron, lo cocieron y lo devoraron. Zeus los castigó fulminándolos con su rayo (sólo el corazón del dios quedó a salvo, y de él resucitó entero de nuevo el hijo de Zeus). De la mezcla de las cenizas de los abrasados Titanes y la tierra surgieron luego los seres humanos, que albergan en su interior un componente titánico y otro dionisiaco. Nacen, entonces, cargados con la antigua culpa, y deben purificarse de ella en esta vida, evitando derramar sangre de hombres y animales, de modo que, al final de la existencia, el alma, liberada del cuerpo, casi tumba y cárcel, pueda reintegrarse al mundo divino del que procede. El proceso de purificación puede ser largo y realizarse en varias transmigraciones del alma o metempsicosis. De ahí el precepto de no derramar sangre

³ *Ibidem*, pág. 4.-

⁴ *Ibidem*, pág. 17.-

⁵ GARCÍA GUAL, Carlos, "Los nuevos textos órficos", *Revista de Libros Segunda Época* N° 106, Octubre 2005, disponible en: https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=2584&t=articulos, consultado el 12/07/2021, pág. 1.-

⁶ *Ibidem*, pág. 2.-

humana ni animal, ya que también en formas animales puede latir un alma humana⁷. Así, el hombre, compuesto del elemento titánico -el cuerpo- y del elemento divino o dionisiaco -el alma-, debe separarse del primero para retornar a lo divino. No obstante, el alma no tiene derecho a arrancar sus ataduras por medio de la violencia, como podría ser el suicidio, la muerte natural tampoco es la liberación definitiva, porque el alma insuficientemente purificada debe entrar de nuevo en otro cuerpo; la única esperanza de escapar de las reencarnaciones es la iniciación órfica: liberarse de todo lo que amarre el alma, partícula de la divinidad, al cuerpo, liberarse de esta vida corporal. Cuando el alma, por medio de la iniciación órfica se ha purificado de todo apego al cuerpo, queda liberada de la necesidad de entrar de nuevo, después de su muerte, en otro cuerpo.⁸

Los presocráticos, como Pitágoras (nacido entre el 590 y 570 a. J. C. en la isla de Samos) y Empédocles (año 444 a. J. C.) siguieron sosteniendo la dualidad cuerpo y alma⁹.

La tesis de Empédocles (año 444 a. J. C.) se basa en la negación de la desaparición, no puede nacer lo que no existía antes, tampoco puede perecer algo completamente y quedar del todo destruido. El uno, que es el Ser, vive una vida rítmica: expansión y contracción, dispersión y retorno a sí. El nacimiento aparente de los seres es el momento de la división y de la dispersión. La muerte es el momento del retorno a lo Uno, de la concentración. El principio de la dispersión es el odio, él es el responsable de la multiplicidad de los seres. El principio del retorno a la Unidad es el amor, que reabsorbe a la multiplicidad.

El alma humana no es creada, no comienza a existir, preexistía ya en el seno de la unidad original, es de esencia divina¹⁰ y la reencarnación y transmigración de las almas es el castigo de los crímenes cometidos en una existencia anterior¹¹.

EL PROBLEMA DEL ALMA SEGÚN PLATON

1.- Relación entre el cuerpo y el alma

⁷ Ibídem, pág. 2.-

⁸ HERRERO DE JAUREGUI, Miguel, "Tradición Órfica y Cristianismo Antiguo", Editorial Trotta, Madrid, 2007, págs. 81/84.

⁹ ERWIN RODHE, "Psique. La idea del alma y la inmoralidad entre los griegos"; Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1994, 124, ss.

¹⁰ CLAUDE TRESMONTANT, Ob. Cit., pág. 19.-

¹¹ Ob. Cit. pág. 20.-

Sobre estas bases, Platón (año 427 a. J. C.) plantea la dualidad cuerpo y alma y asegura que la misma está encadenada al cuerpo como en una prisión, consecuentemente, el esfuerzo del sabio consistirá en liberarse de él.

En Fedón encontramos su interpretación inicial en relación al problema: Sócrates va a morir, condenado por la ciudad, espera a la muerte y no se anticipa a ella por medio del suicidio, enfrenta a la muerte sin un instante de miedo y esa calma es la prueba de que el alma es inmortal.

En este diálogo Platón explica que, lo relativo al alma produce en los hombres grandes dudas por el recelo que tiene de que una vez que se separe del cuerpo ya no exista en ninguna parte, sino que se destruya y perezca en el mismo día en que el hombre muera. Habría una grande y hermosa esperanza de “seguir viviendo” a través el alma, pero requiere una justificación y una demostración irrefutable la hipótesis conforme a la cual existe el alma –con capacidad de obrar y entendimiento- cuando el hombre ha muerto. Pues Platón tiene presente que existe una antigua tradición que dice que, llegadas de este mundo al otro, las almas existen allí y de nuevo vuelven acá, naciendo de los muertos. Y si esto es verdad, si de los muertos renacen los vivos ¿qué otra cosa cabe afirmar, sino que nuestras almas tienen una existencia en el otro mundo? pues no podrían volver a nacer si no existieran. Prueba suficiente de que esto es verdad sería, para Platón, el demostrar de una manera evidente que los vivos no tienen otro origen que los muertos, si esto no es posible será preciso otro argumento. El filósofo agrega, también, que para comprender el problema debe considerarse no sólo el caso de los hombres sino también el de todos los animales y plantas¹².

Para confirmar la hipótesis, afirma que es necesario que todos los seres que tienen un contrario no tienen otro origen que ese contrario. Por ejemplo, cuando una cosa se hace mayor es necesario que de un menor, que era antes, se haga luego mayor. Lo que se hace peor procede de lo mejor y lo más justo de lo más injusto, por lo que las cosas contrarias nacen de sus contrarias. Ahora bien ¿hay algo contrario al vivir de la misma manera que el dormir es lo contrario a estar despierto? si lo hay, el estar muerto¹³.

De lo que vive se produce lo que está muerto y de lo que está muerto se produce lo que vive. Proceden entonces, de lo que está muerto, tanto las cosas que tienen vida como los seres vivientes, entonces, nuestras almas existen en el Hades. Pero,

¹² PLATÓN, “Fedón”, Editorial Aegbe, Buenos Aires, 2006, págs. 28/29.-

¹³ Ob. Cit., pág. 30/31.-

además, es necesario conceder al morir una generación contraria: el revivir, que será una generación que va de los muertos a los vivos, por lo que tenemos que volver a convenir que los vivos proceden de los muertos, no menos que los muertos de los vivos y, siendo así, hay indicio suficiente que las almas de los muertos existan en alguna parte. Si no hubiera una correspondencia constante en el nacimiento de unas cosas con el de otras como si se movieran en círculo, sino que la generación fuera en línea recta, las cosas acabarían por tener la misma forma y cesarían de producirse. Por ejemplo: si existiera el dormirse, pero no se produjera en correspondencia el despertarse a partir de lo que está dormido todas las cosas se encontrarían en el mismo estado, el de estar durmiendo. Si muriera todo cuanto participa de la vida y, después de morir, permaneciera lo que está muerto en dicha forma sin volver de nuevo a la vida ¿no sería de gran necesidad que todo acabara por morir y nada viviera? pues, aún en el caso de que lo que vive naciera de las demás cosas que tienen vida, si lo que vive muere ¿qué medio habría de impedir que todo se consumiera en la muerte?¹⁴.

Platón también recurre a la teoría del conocimiento para confirmar su postura: si conocer no es sino recordar, es necesario que nosotros hayamos aprendido en un tiempo anterior lo que ahora recordamos; lo cual sería imposible, a no ser que existiera nuestra alma en alguna parte antes de llegar a estar en esta figura humana¹⁵.

“Si al ver un objeto piensas a raíz de verlo en otro, bien sea semejante o diferente, es necesario que este proceso haya sido un recuerdo (...) Es necesario que hayamos conocido previamente lo igual (...) Y al nacer ¿no veíamos ya y oíamos y teníamos las restantes percepciones? ¿No fue preciso tener ya adquirido con anterioridad a estas percepciones el conocimiento de lo igual? Sobre lo bueno en sí, lo bello en sí, lo justo, lo santo, o sobre todas aquellas cosas que, como digo, sellamos con el rótulo de “lo que es en sí”¹⁶.

Llamamos olvido a la pérdida de un conocimiento, tras haberlo adquirido antes de nacer lo perdimos en ese momento y después, gracias a usar en ello de nuestros sentidos, recuperamos los conocimientos que tuvimos antaño ¿no será lo que llamamos aprender el recuperar el conocimiento que era nuestro? Pues Platón afirma que sí y a este proceso lo denominamos recordar. Adquirieron nuestras almas el conocimiento de estas cosas después de haber tomado forma humana pero ya lo tenían impresos en sí,

¹⁴ Ob. Cit., pág. 32/33.-

¹⁵ Ob. Cit., págs. 34.-

¹⁶ Ob. Cit., págs. 36/39.-

por lo que existen antes de tomar el cuerpo, separadas de los mismos, y tienen inteligencia¹⁷.

Se ha demostrado hasta aquí que el alma existe, luego, con la teoría del conocimiento, que nuestras almas existían *antes* de nacer nosotros, pero es preciso añadir la demostración de que una vez que hayamos muerto existirá exactamente igual que antes de nuestro nacimiento, si es que la demostración ha de quedar completa.

En efecto, si el alma existe previamente y es necesario que cuando llegue a la vida y nazca no nazca de otra cosa que de la muerte y del estado de la muerte, Sócrates se pregunta *¿cómo no va a ser también necesario que exista una vez que muera, puesto que tiene que nacer de nuevo?*¹⁸.

Pero los protagonistas del diálogo en análisis no están del todo conformes con la explicación, si bien puede darse por afirmada la preexistencia del alma, no confían en que la misma siga existiendo una vez perecido el cuerpo. Simmias, tiene sus dudas, y el temor de que el alma, a pesar de ser algo más divino y más bello que el cuerpo, perezca antes que éste por ser una especie de armonía. Por otra parte, Cebes entiende que el alma es algo más duradero que el cuerpo, pero hay algo que es incierto para todo el mundo: tal vez el alma tras haber gastado muchos cuerpos al abandonar el último cuerpo quede destruida. El alma entonces, para Cebes, sería algo muy duradero y que tiene existencia durante un tiempo incalculable, teniendo conocimiento y realizando diversas acciones, pero no por ello es inmortal, sino que el hecho en sí de venir a parar a un cuerpo humano supone para ella el principio de su ruina, a la manera de una enfermedad.

Sócrates comenzará por refutar la objeción de Simmias: el alma no puede ser armonía. Afirmamos que aprender es un recuerdo y por tanto para que ello sea así es necesario que nuestra alma haya existido en otro lugar antes de ser encadenada al cuerpo. La armonía es algo compuesto y el alma una armonía constituida por los elementos que hay en tensión en el cuerpo, pero la armonía no está constituida antes de que existieran los elementos con los que tenía que componerse –primero nace la lira, las cuerdas y los sonidos, sin estar aún armonizados y lo que se constituye en último término es la armonía- en cambio el alma existía antes de venir a parar a la figura y cuerpo del hombre¹⁹.

¹⁷ Ob. Cit., págs. 40/41.-

¹⁸ Ob. Cit., pág. 43.-

¹⁹ Ob. Cit., págs. 68/69.-

Agrega también que es el alma quien domina al hombre, se opone a las afecciones del cuerpo: por ejemplo, cuando se tiene sed nos arrastra a no beber. Si fuera armonía nunca iría en contra de lo que quiere el cuerpo, nunca cantarían en sentido contrario a las tensiones, relajamientos, vibraciones y cualquier otra afección que experimentarían los elementos con los que estaba constituida. El alma guía a todos esos elementos con los que se dice que está compuesta; es dueña y señora en todos sus modales: reprime unas cosas, las que entran en el campo de la gimnástica y de la medicina, con excesivo rigor y por medio de sufrimientos; otras, en cambio, con más blandura, en parte con amenazas, en parte con consejos; en fin, conversa con los deseos, las cóleras y los temores como si ella fuera diferente y se tratara de otros seres. Por el contrario, si el alma fuera armonía sería conducida por las afecciones del cuerpo²⁰.

Rechazada la postura de Simmias y la posibilidad de que el alma sea armonía, procede a refutar la posición de Cebes y, para ello, trata a fondo la causa de la generación y de la destrucción.

Comienza su exposición aceptando como principio que hay algo que es bello en sí y por sí y que existen las demás realidades de esta índole. Si existe otra cosa bella aparte de lo bello en sí, no es bella por ninguna otra causa sino por el hecho de que participa de eso que hemos dicho que es bello en sí y lo mismo puede afirmarse de todo cuanto nos rodea²¹. Partiendo de ello, no debe admitirse que alguien dijera que un hombre es mayor que otro por la cabeza y que el más pequeño es más pequeño por eso mismo, sino que todo lo que es mayor que otra cosa no lo es por otro motivo que el tamaño. Tampoco se puede decir que diez son más que ocho por dos, en vez de decir que lo son por cantidad y por causa de la cantidad²². Así, se convino en que cada una de las ideas era algo y que, por participar en éstas, las demás cosas reciben de ellas su nombre.

En lo que hace a los contrarios, no sólo no se admiten entre sí, sino que todas las cosas que, aún no siendo mutuamente contrarias, tienen en sí uno de esos contrarios tampoco admiten la idea contraria a la que hay en ellos. A modo explicativo, diremos que las cosas de las que se apodera la idea de tres no solo han de ser tres por necesidad, sino también impares y jamás podrá llegarle la idea contraria a la forma aquella que lo produce, como lo produjo la idea de impar nunca llegará al tres la idea de par, pues lleva

²⁰ Ob. Cit., págs. 73/74.-

²¹ Ibidem., pág. 83.-

²² Ibidem., pág. 85.-

siempre consigo lo que es contrario a lo par, de la misma manera que el dos lleva en sí lo contrario de lo impar y el fuego de lo frío²³.

En base a los principios expuestos, Sócrates acuerda con Cebes que para que un cuerpo tenga vida debe ser ocupado por el alma y que lo contrario a la vida es la muerte. Por lo que, el alma que nunca admitiría lo contrario a lo que trae consigo –es decir la vida- no puede admitir la muerte. Siendo lo contrario a la muerte lo inmortal y no admitiendo el alma la muerte, el alma es inmortal²⁴.

Lo inmortal – que es eterno- no puede admitir la destrucción, si lo inmortal lo admite difícilmente podría haber algo que no lo haga. Siendo que debemos admitir que el alma es inmortal, también debe afirmarse que es incorruptible e indestructible. Luego cuando se acerca la muerte al hombre, su parte mortal, como es natural, perece, pero la inmortal se retira sin corromperse²⁵, por lo que, su existencia no tiene fin.

Reconocida la inmortalidad del alma, afirma que requiere cuidado, no en atención a ese tiempo en que transcurre lo que llamamos vida, sino en atención a todo el tiempo. Y el peligro tiene las trazas de ser terrible si alguien se descuidara de ella, ya que, si la muerte fuera la liberación de todo sería una gran suerte para los males cuando mueren el liberarse a la vez del cuerpo y de su propia maldad juntamente con el alma, pero desde el momento en que se muestra inmortal no le queda otra salvación y escape de males que el hacerse lo mejor y más sensata posible. Pues el alma va hacia el Hades sin llevar consigo otro equipaje que su educación y crianza, cosas que son las que más ayudan o dañan desde el comienzo de su viaje hacia allá.

Para explicar mejor la cuestión Sócrates recurre a los mitos de la época: cada cual una vez muerto lo intenta llevar su propio genio, el mismo que le tocó en vida, a cierto lugar donde los que allí han sido reunidos han de someterse a juicio para ir al Hades en compañía del guía. Luego de obtener allí lo que debían obtener, y cuando han permanecido en el Hades el tiempo debido, otro guía les conduce aquí, una vez transcurridos muchos y largos periodos de tiempo. Ese camino no es simple ni único para Sócrates, de lo contrario no habría necesidad de guías pues no erraría nadie en ninguna dirección por no haber más que uno, sino que parece que tiene encrucijadas en gran número. Un alma sensata va a seguir el camino, pero aquella que tiene un vehemente apego por el cuerpo, que siente impulsos hacia éste y el lugar visible, va a

²³ *Ibíd.*, págs. 90/92.-

²⁴ *Ibíd.*, pág. 93/94.-

²⁵ *Ibíd.*, págs. 95.-

seguir al guía tras mucho tiempo de sufrir y resistirse y una vez que llega a donde están los demás a la que es impura, que ha cometido un crimen tal como un homicidio injusto u otros delitos de este tipo, la rehúye todo el mundo, se aparta de ella y nadie quiere ser su compañero ni su guía, anda errante hasta que, pasado cierto tiempo, es llevada por necesidad a la residencia que le corresponde. El alma que ha pasado su vida pura tiene como compañero y guía a los dioses y habita en el lugar que merece²⁶.

Sócrates continúa, en Fedón, y narra el mito respecto de que bajo la tierra hay muchos lugares comunicados entre sí mediante orificios, con desagües por los que corre de unos a otros mucha agua. La magnitud de estos ríos eternos que hay bajo tierra es inmensa y sus aguas son calientes y frías. Hay también fuego en abundancia y grandes ríos de fuego, todos estos ríos se mueven hacia arriba y hacia abajo, como si hubiera en el interior de la tierra una especie de movimiento de vaivén, el cual se debe a que una de las simas de la tierra, aparte de ser la más grande, atraviesa de extremo a extremo toda la tierra. Es ésta que Homero y otros poetas han denominado Tártaro. En esta sima confluyen todos los ríos y de nuevo arrancan de ella, y la causa de que todas las corrientes tengan su punto de partida y de llegada ahí es la de que ese líquido no tiene ni fondo ni lecho. De las corrientes de agua que corren se forman mares, lagunas, ríos y fuentes²⁷ de las que se distinguen cuatro: la mayor que es el *Océano*, el *Aqueronte*, que esta frente al Océano y corre en sentido contrario, recorriendo lugares desérticos y pasa bajo tierra, llegando a la laguna *Aquerusíade*, a donde van a para la mayoría de los muertos y, tras pasar allí el tiempo marcado por el destino, son enviados de nuevo a las generaciones de los seres vivos. Un tercer río brota entre medio de éstos y cerca de su nacimiento va a parar a un gran lugar consumido por ingente fuego, avanza en círculo y después de rodear en espiral la tierra llega a los confines de la laguna *Aquerusíade* sin mezclarse con el agua de ésta y desemboca en la parte más baja del Tártaro, es el que llaman *Piriflegetonte*, cuyas corrientes de lava despiden fragmentos, incluso en la superficie de la tierra. En frente de este hay un cuarto río que aboca primero a un lugar terrible y agreste, le llaman *Estigio* y a la laguna que forma el río, al desaguar en él, *Estigia*. Su agua tiene terribles poderes, se hunde en la tierra, da giros en dirección opuesta al *Piriflegetonte* y se encuentra con él de frente en la laguna *Aquerusíade*. El agua de este río no se mezcla con ninguna otra, sino que después de haber hecho un

²⁶ Ob. Cit., págs. 96/98.-

²⁷ Ob. Cit., pág. 102/103.-

recorrido circular, desemboca en el Tártaro por el lado opuesto al del Piriflegetonte, su nombre es *Cócito*.

Una vez que los difuntos llegan al lugar a que conduce cada uno su genio, son sometidos a juicio, tanto los que vivieron bien santamente como los que no. Los que se estima que han vivido en el término medio se encaminan al *Aqueronte*, suben a las barcas que hay para ellos y, a bordo de éstas, arriban a la laguna donde moran purificándose, si alguno ha delinquido en algo son absueltos, recibiendo asimismo cada uno la recompensa de sus buenas acciones conforme a su mérito. A los que se estima que no tienen remedio por causa de la gravedad de sus yerros, bien porque hayan cometido muchos y grandes robos sacrílegos u homicidios injustos e ilegales en gran número o demás delitos hay del mismo género, se les arroja al *Tártaro* de donde no salen jamás. En cambio, quienes se estima que han cometido delitos que tiene remedio pero graves como, por ejemplo, aquellos que han ejercido violencia contra su padre o su madre en un momento de cólera pero viven el resto de su vida con el arrepentimiento de su acción o se han convertido en homicidas en forma similar, éstos habrán de ser precipitados en el Tártaro, pero una vez que han pasado allí un año se los arroja afuera del oleaje: a los homicidas frente al *Cócito* y a los que maltrataron a su padre o a su madre frente al *Piriflegetonte*. Y, una vez que, llevados por la corriente, llegan a la altura de la laguna *Aquerusíade* llaman a gritos los unos a los que mataron, los otros a quienes ofendieron y les suplican que les permitan salir a la laguna. Si logran convencerlos, salen y cesan sus males, si no son llevados de nuevo al tártaro y de aquí otra vez a los ríos, y no cesan de padecer este tormento hasta que consiguen persuadir a quienes agraviaron. Tal es, en efecto, el castigo que les fue impuesto por los jueces. Por último, los que se estima que se han distinguido por su piadoso vivir son los que llegan arriba a la pura morada y se establecen sobre la tierra. Entre éstos están los que se han purificado de un modo suficiente por la filosofía, viviendo completamente sin cuerpos para toda la eternidad²⁸.

Se concluye que, es menester poner de nuestra parte todo para tener participación durante la vida en la virtud y en la sabiduría, pues es hermoso el galardón y la esperanza grande. El alma se ha mostrado como algo inmortal y, estima Sócrates, vale la pena creerlo así pues el riesgo es hermoso. Así que, por estos motivos, debe mostrarse animoso con respecto a su propia alma todo hombre que durante su vida haya

²⁸ Ob. cit., págs. 105/106/107.-

enviado de paseo los placeres del cuerpo, en la idea de que eran para él algo ajeno y en la convicción de que producen más mal que bien, todo hombre que se haya afanado en los placeres que versan sobre el aprender y adornado su alma, no con galas ajenas sino con las que le son propias: la moderación, la justicia, la valentía, la libertad, la verdad, y en tal disposición espera ponerse en camino del Hades con el convencimiento de que lo emprenderá cuando le llame el destino²⁹.

2.- La inmortalidad del alma

Conforme a los principios precedentemente analizados, Platón mostró que *toda alma es inmortal*. El alma es un principio, algo no engendrado y, como tal, incorruptible, no puede haber comenzado a existir, *no hay un momento de creación del alma*. Lo que ha dado a llamarse un ser viviente es este conjunto de alma y cuerpo sólidamente ajustado.

El alma es por naturaleza de esencia divina e inmortal, pero tuvo una caída, un descenso a los cuerpos materiales. Este descenso es una falta que proviene de no haberse purificado suficientemente en esa “vida humana”, error que, si se repite en la vida posterior la condena a reencarnarse en otros cuerpos, conforme a sus opciones profundas, que se han manifestado en el curso de las existencias terrestres anteriores, y que se manifiestan en la elección que el alma hace de uno u otro cuerpo³⁰. Por lo que podemos interpretar que existe una especie de círculo: toda alma que no es suficientemente purificada en su caída necesariamente debe volver a encarnar y lo hará en un cuerpo similar al de su existencia anterior, siendo que hasta que no logre superarse y lograr la purificación se repetirá ese círculo constante de caídas sucesivas en cuerpos similares.

En el libro X de “República” Sócrates rebate a Glaucón: “*¿No comprendes – repliqué- que nuestra alma es inmortal y que jamás perece?*”³¹, explicando a continuación que la corrupción del cuerpo no se traslada al alma, los males de aquél no perjudican a ésta, porque “*si la perversidad propia del alma, su propio mal no puede matarla ni aniquilarla, menos aún un mal destinado a la destrucción de otro ser podrá destruir el alma o cualquier otra cosa que no sea aquella a la que está destinado*”³².

Para confirmar su postura respecto de la caída del alma en cuerpos similares – en cuanto al modo de vida- a los de su existencia anterior, en el mismo libro de

²⁹ Ibidem, pág. 107.-

³⁰ CLAUDE TRESMONTANT, Ob. Cit., pág. 24.-

³¹ PLATÓN, “República”, Editorial Edueba, 24ª Edición, Buenos Aires, 2011, pág. 603.-

³² Ob. Cit., pág. 606/607.-

República relata: *“almas pasajeras, vais a comenzar una nueva carrera de índole perecedera y entrar de nuevo en un cuerpo moral. No será un demon que os elija, sino vosotras quienes elegiréis vuestro demon”*³³, por lo que también es el alma quien elige el cuerpo y su destino, *“Cada cual es responsable de su elección, ¡La Divinidad no es responsable!”*³⁴.

Cree, también, que al momento de la elección se presentan al alma un rango de vidas dentro de las cuales puede elegir, en una variedad infinita, por lo que esa elección se presenta como el momento crítico para el hombre, dado que debe preocuparse por discernir entre la vida dichosa y la miserable y escoger la mejor, teniendo por peor aquella vida que conduce al alma a ser más injusta. Agrega que lo recomendable es optar por el justo medio entre los extremos³⁵.

3.- El problema del alma en la teoría del conocimiento

“Cualquiera que se apegue a la filosofía, en el sentido exacto de la palabra, será tildado por los otros como un hombre cuya única ocupación es la de morir y estar muerto”, así lo establece Platón en Fedón. Seguidamente, en boca de Sócrates, estima que la muerte no es otra cosa que la separación del alma del cuerpo, estar muerto es estar separado del alma, el cuerpo está aislado en sí mismo, en cambio, el alma aparte del cuerpo ¿está aislada en sí misma?: cuando el alma se va y se separa no queda un cuerpo sino algo muy distinto, un cadáver, es decir, una cantidad de materia que había sido informada y que ya no lo es más, porque se descompone³⁶.

Platón no vacila en afirmar que el filósofo se descubre cuando desliga el alma lo más posible de la comunidad con el cuerpo. Por lo que, respecto de la adquisición de la ciencia el cuerpo es un estorbo, ¿Acaso alguna verdad es suministrada a los hombres por la vista o el oído? Si a través de las sensaciones corpóreas no se alcanza la verdad ¿cuándo, pues, el alma alcanza la verdad?: cuando se ha aislado lo más posible dentro de ella misma, enviando de paseo al cuerpo y cuando, rompiendo todo contacto con él, aspira a lo real. Es el cuerpo el que turba al alma y le impide adquirir la verdad, si queremos saber algo con toda claridad y pureza será preciso separarnos de él y mirar únicamente con los ojos del alma. Tal teoría del conocimiento tendrá tendencia a

³³ *Ibíd.*, pág. 619.-

³⁴ *Ibíd.*, pág. 619.-

³⁵ *Ibíd.*, págs. 620/621.-

³⁶ CLAUDE TRESMONTANT, *Ob. Cit.*, pág. 21.-

preferir las operaciones intelectuales puramente especulativas, en detrimento del conocimiento sensible del mundo exterior³⁷.

Cuando el alma manda de paseo al cuerpo y se queda sola consigo misma aspira a alcanzar la realidad, mientras tengamos el cuerpo y esté nuestra alma mezclada con semejante mal, jamás alcanzaremos de manera suficiente lo que deseamos, siendo ello la verdad. En efecto, son un sin fin las preocupaciones que nos procura el cuerpo por culpa de su necesaria alimentación, nos llenan de amores, de deseos, de temores, de imágenes de todas clases, de un montón de naderías, de tal manera que, como se dice, por culpa suyo no nos es posible tener nunca un pensamiento sensato. Guerras, revoluciones y luchas nadie las causa, sino el cuerpo y sus deseos, pues es por la adquisición de riquezas por lo que se originan todas las guerras, y a adquirir riquezas nos vemos obligados por el cuerpo, porque somos esclavos de sus cuidados. Entonces, según parece, tendremos aquello que deseamos una vez muertos, y no en vida³⁸.

Se puede desligar el alma, separarla lo más posible del cuerpo y el acostumbrarse a concentrarse, lo cual es aspiración constante de los que filosofan, y la ocupación de los filósofos. Por lo que Sócrates estima que es ridículo que el hombre que se ha preparado durante su vida a vivir en un estado lo más cercano posible al de la muerte se irrite luego cuando llega ésta. Luego, los que filosofan en el recto sentido de la palabra se ejercitan en morir y son los hombres a quienes resulta menos temeroso el estar muertos. Sería un absurdo que al producirse la muerte sintieran temor y se irritasen y no marcharan gustosos allá donde tienen esperanza de alcanzar aquello de que estuvieron enamorados a lo largo de su vida, que no es otra cosa que la sabiduría³⁹.

¿No te parece que es indicio suficiente de que un hombre no era amante de la sabiduría, sino del cuerpo, el verle irritarse cuando está a punto de morir? Todo hombre que no sea filósofo considera a la muerte como uno de los grandes males”⁴⁰.

Dicho esto, debe concluirse que el objetivo propio de los filósofos, amantes del conocimiento, consiste en despegar el alma y ponerla aparte del cuerpo, representado ello en la alegoría de la caverna, que significa nuestro mundo en donde el caminar hacia la inteligencia es para el alma la liberación de sus ataduras y la ascensión fuera de la caverna.

³⁷ Ob. Cit., pág. 23.-

³⁸ Ibídem, pág. 21/23.-

³⁹ Ob. Cit., pág. 24/25.-

⁴⁰ Ibídem, pág. 26.-

También en Fedón, Sócrates explica que la multiplicidad de las cosas bellas, por ejemplo, hombres, caballos o demás, jamás se presentan del mismo modo, y a éstas se las puede tocar, ver y percibir con los demás sentidos mientras que a las que siempre se encuentran en el mismo estado es imposible aprehenderlas con otro órgano que no sea la reflexión de la inteligencia, puesto que son invisibles y no se las puede percibir con la vista. Ergo, cabe admitir que hay realidades invisibles y otras invisibles, que la invisible siempre se encuentra en el mismo estado y la visible nunca lo está. Hay una parte en nosotros que es el cuerpo y, otra, que es el alma y el cuerpo es lo visible y el alma lo invisible⁴¹.

El alma cuando usa del cuerpo para considerar algo, sea mediante la vista el oído o algún otro sentido, es arrastrada por éste a lo que nunca se presenta en el mismo estado y se extravía por haber entrado en contacto con cosas de esta índole. Cuando reflexiona consigo misma allá se va, a lo que es puro, existe siempre, es inmortal y siempre se presenta del mismo modo, Cesa su extravío y siempre queda igual y en el mismo estado con relación a esas realidades, puesto que ha entrado en contacto con objetos que, asimismo, son idénticos e inmutables y esta experiencia del alma se llama pensamiento. El alma se asemeja a lo divino y el cuerpo a lo mortal⁴².

Si el alma se separa del cuerpo en estado de pureza no arrastra consigo nada de él dado que, por su voluntad, no ha tenido ningún comercio con él a lo largo de la vida, sino que lo ha rehuido y ha conseguido concentrarse en sí misma, por haberse ejercitado constantemente en ello. Y esto no es otra cosa que filosofar en el recto sentido de la palabra y, de hecho, ejercitarse a morir con complacencia. Si en tal estado se encuentra se va a lo que es semejante a ella, a lo invisible, divino, inmortal y sabio, a donde, una vez llegada, le será posible ser feliz, libre de extravío, insensatez, miedo, amores violentos y demás males humanos, pasando verdaderamente el resto del tiempo en compañía de los dioses. Si se libera del cuerpo manchada e impura por tener con él continuo trato, cuidarle y amarle, hechizada por él y por las pasiones y placeres, hasta el punto de no considerar que exista otra verdad que lo corporal, que aquello que se puede tocar y ver, beber y comer, o servirse de él para gozo de amor, será arrastrada de nuevo al lugar visible, y dará vueltas alrededor de sepulturas en torno de los que se han visto algunos sombríos fantasmas de almas, imágenes ésas que es lógico que produzcan tales almas porque no se han liberado con pureza sino que participan de lo visible por lo cual

⁴¹ *Ibíd.*, pág. 46.-

⁴² *Ibíd.*, págs. 47/48.-

se ven y andan errantes hasta el momento en que, por el deseo que siente su acompañante, el elemento corporal, son atadas a un cuerpo. Y, como es natural, los cuerpos a que son atadas tienen las mismas costumbres que ellas habían tenido en su vida⁴³.

Porque cada placer y dolor, como si tuviera un clavo, la estaca al cuerpo, la hace corpórea y la obliga a figurarse que es verdadero lo que afirma el cuerpo. Pues por tener las mismas opiniones que el cuerpo y deleitarse con los mismos objetos, por fuerza adquiere las costumbres y el mismo régimen de vida que el cuerpo y se hace de tal calaña que nunca puede llegar al Hades en estado de pureza, sino que parte allá contaminada siempre por el cuerpo, de tal manera que pronto cae de nuevo en otro cuerpo⁴⁴.

Claude Tresmontant cita a Proclo, en su “Comentario a la República de Platón”, indicando que éste enseña que Aristóteles mostró porqué el alma al venir del mundo del más allá a este nuestro olvida lo que contempló allá arriba y porqué habiendo dejado esta vida recuerda perfectamente lo que experimentó en la tierra. La vida sin el cuerpo, para las almas es conforme a la naturaleza, es comparable a la salud, mientras que la vida en el cuerpo, en cuanto contraria a su naturaleza, es comparable a la enfermedad. Entonces vivir aquí abajo es para las almas contrario a su naturaleza, por eso llegando a estas regiones inferiores las almas olvidan las cosas de allá arriba y, por el contrario, abandonando este mundo, camino a otro superior, guardan el recuerdo de las cosas de aquí abajo⁴⁵. Ergo, cuando el alma está en la tierra no recuerda el “otro mundo” porque está atada al cuerpo y enferma; cuando sale de él recuerda toda su vida en el cuerpo, dado que se encuentra en estado de plenitud.

En el Timeo y en las Leyes ya no hay oposición radical entre lo sensible y lo inteligible, el mundo concreto está vinculado a las ideas por mediación del alma, la cual se presenta como un don de la bondad del demiurgo destinado a poner inteligencia en el universo porque es preciso que la tenga. Pero esto no es posible si no tiene un alma, por eso el alma del universo le ha sido enviada por Dios, lo mismo que el alma de cada uno de nosotros, a fin de que el universo fuera perfecto⁴⁶.

⁴³ *Ibidem*, págs. 50/51.-

⁴⁴ *Ibidem*, págs. 54/55.-

⁴⁵ CLAUDE TRESMONTANT, *Ob. Cit.*, pág. 27.-

⁴⁶ *Ob. Cit.*, pág. 26.-

CONCLUSIÓN. RESUMEN FINAL DEL PROBLEMA

En el pensamiento chino arcaico no se suponía que todos los individuos tuviesen necesariamente alma, ésta era vista como un Dios o espíritu que, procedente del Cielo, *podía* ingresar en el cuerpo de un hombre. Si se hallaba, por así decirlo, “a gusto” en tal cuerpo, *podía* decidir permanecer en él de modo permanente⁴⁷.

De Homero a la edad clásica, el hombre griego tiene un cuerpo (soma) y una psukhé (palabra que no llega a ser identificada con el “alma”) que la muerte libera. Cuando muere el guerrero homérico para que del cadáver inerte nazca un muerto, la colectividad sabe lo que hay que hacer: basta tratar el cuerpo de manera apropiada, entonces, el guerrero difunto accederá al estatuto social de la muerte, y su psukhé se reunirá en el Hades con las sombras inciertas y fugitivas de los muertos del pasado⁴⁸.

Por lo demás, hasta el final de la cultura antigua dominaron representaciones del alma formadas de muy diversas capas: el alma como un muerto-sombra que desciende al seno de la tierra; el alma como un aliento o principio de vida; el alma como realidad aérea que vaga alrededor de los vivos y se manifiesta en forma de fuerzas y acciones, etc. etc. Estas representaciones influyeron, además, sobre las ideas que los filósofos se formaron del alma. Algunos presocráticos concibieron como almas todos los principios de las cosas en cuanto cosas vivientes. Sin embargo, antes de Platón se constituyó un complejo de especulaciones sobre la idea del alma que luego fue absorbido y, por así decirlo, “purificado” por dicho filósofo. Se comenzó a creer que hay en cada hombre una realidad de orden divino, la cual ha preexistido al cuerpo y perdurará tras la muerte y corrupción del cuerpo. Representantes filosóficos o semifilosóficos de esta nueva tendencia son el orfismo, Pitágoras y Empédocles. El alma puede, pues, entrar en el cuerpo y salir de él, sin identificarse nunca completamente con el cuerpo. El cuerpo puede ser concebido entonces como una especie de cárcel, o sepulcro, del alma. La misión del hombre es liberar su alma por

⁴⁷ JOSE FERRATER MORA, “Diccionario de Filosofía”, Tomo I A-K, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958, pág. 75.-

⁴⁸ NICOLE LORAUX, “Las Experiencias de Tiresias, lo Femenino y el Hombre Griego”, Editorial Biblos, Colección Daimon, Buenos Aires, 2003, pág. 176/177.-

medio de la purificación y al final, más filosóficamente, por medio de la contemplación. El alma es algo de naturaleza no sensible y no material⁴⁹.

Platón acogió estas ideas, en *Fedón*, defendió el dualismo cuerpo y alma; siendo ésta una realidad esencialmente inmortal y separable. El alma aspira a liberarse del cuerpo para regresar a su origen divino y vivir, por decirlo así, entre las ideas, en el mundo inteligible. Se visualiza, entonces, la innovación platónica a las concepciones homéricas, el acento ahora está en el alma, y no en el cuerpo; el héroe homérico llegaba al umbral de la gloria en un último combate guerrero, para el filósofo la guerra se da durante su vida y la misma se realiza contra el cuerpo, importando poco lo que ocurra con este después de la muerte física.

Entonces poco importa ahora el tratamiento del cadáver, mientras que antes nadie tenía derecho al título de muerto si no habían sido realizados en su honor los tiros funerarios que autorizan a su psukhé a entrar en el reino del Hades ahora el filósofo ha anticipado el morir en el estar muerto, no le interesa un pasaje administrado por la sociedad e, inmediatamente liberada del cuerpo, su alma no necesitará ninguna autorización para ganar sin más demoras su estadía en el Hades⁵⁰.

Aún dentro del cuerpo, el alma puede recordar las ideas que había contemplado puramente en su vida anterior. Como pudo observarse, la teoría del alma es en Platón el fundamento de su teoría del conocimiento verdadero, y a la vez éste constituye una prueba de la existencia del alma pura.

Demuestra que el alma domina al cuerpo cuando enseña a Simmias que el alma no es armonía; pero dicha dominación no puede ser completa, pues si lo fuera el alma ya estaría cumpliendo su propósito en este mundo y ya no volvería a encarnar.

Sin embargo, Platón se dio cuenta pronto de que el dualismo cuerpo alma planteaba dificultades, debía de haber algún punto donde el alma quedase insertada en el cuerpo; de lo contrario no se entendería cómo hay relación entre las operaciones de una y del otro. Las distinciones entre varios tipos de actividades del alma es uno de los modos de afrontar la cuestión citada. Platón distinguió entre la parte sensitiva (sede del apetito o deseo), la parte irascible (sede del valor) y la parte inteligible (sede de la razón); mientras esta última parte es separable del cuerpo, ninguna de las otras dos lo son. Entonces se plantea el problema de la relación entre los diversos órdenes o tipos de

⁴⁹ JOSE FERRATER MORA, "Diccionario de Filosofía", Tomo I A-K, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958, pág. 76.-

⁵⁰ NICOLE LORAUX, Ob. Cit., págs. 178/179.-

actividad del alma. Platón, a los fines de dar solución al problema, establece que los órdenes en cuestión son órdenes fundamentales no sólo del alma individual, sino también de la sociedad y hasta de la naturaleza entera. Estos órdenes se hallan en una relación de subordinación: las partes inferiores deben subordinarse a la parte superior; el alma como razón debe conducir y guiar el alma como valor y como apetito. Así, el alma puede tener algo así como una historia en el curso de la cual se va purificando, es decir, va formando y ordenando todas sus actividades de acuerdo con la razón contemplativa. De lo que el hombre haga en su vida dependerá que se salve, es decir, se haga inmortal, esto es, se haga entera y cabalmente “alma pura”. Pues el hombre puede “convertirse enteramente en algo mortal” cuando se abandona a la concupiscencia, pero se hace inmortal y contemplativo cuando “entre todas sus facultades ha ejercido principalmente la capacidad de pensar en las cosas inmortales y divinas”. En suma, el alma reside por lo pronto en lo sensible, pero puede orientarse hacia lo inteligible y no deja de ser alma por quedar encerrada en lo sensible, pero sólo cuando actúa según lo inteligible puede decirse que ha sido purificada⁵¹.

Los neoplatónicos, y especialmente Plotino, desarrollaron con gran detalle esta "dialéctica" platónica del alma, aquél usó no sólo los conceptos elaborados por Platón, sino también los tratados por Aristóteles; se preguntó, pues, en qué forma el alma se halla unida al cuerpo, si siendo instrumento de él, constituyendo una mezcla o siendo forma del cuerpo. Lo segundo se halla excluido; sólo lo primero y lo tercero son admisibles. El alma es por sí misma, en cuanto separada del cuerpo, una realidad impasible, pero puede decirse que tiene dos partes: la separada o separable y la que constituye una forma del cuerpo. El alma se divide cuando se orienta hacia lo sensible y se unifica cuando se orienta hacia lo inteligible, hasta el punto de adquirir un rango divino. En último término, cuando el alma se purifica puede inclusive transfigurar el cuerpo, es decir, hacer que habite en este mundo como si viviera en el universo inteligible. En su ser propio, el alma es una, incorruptible, racional, inteligible, contemplativa e inmortal todas las almas individuales forman una sola alma, si bien ello no significa una fusión, sino una organización jerárquica en lo inteligible único⁵².

Conforme a la posición de Aristóteles el cuerpo es la materia y el alma es forma. No tiene sentido, pues, preguntar si el cuerpo y el alma son una sola realidad; ello sería como preguntar por qué la cera y la forma de la cera son una realidad. El

⁵¹ Ob. Cit., págs. 75/76.-

⁵² Ob. Cit., pág. 76.-

sentido de la unidad del cuerpo y del alma es la relación de una actualidad con una potencialidad. Los diversos tipos de almas -vegetativa, animal, humana- son diversos tipos de función. Y las "partes" del alma en cada uno de estos tipos de función constituyen otros tantos modos de operación. En el caso del alma humana, el modo de operación principal es la racional, que distingue esta alma de otras en el reino orgánico, pero que sea la principal no implica que no existan en dicha alma otras operaciones.

Pero no todo es tan claro dentro de la concepción aristotélica del alma, varios problemas se plantearon respecto de la parte pensante del alma: "el intelecto". Como pensar es reconocer racionalmente lo que hay y lo que hace que lo haya, se puede suponer que todas las operaciones racionales son iguales en todas las almas dotadas de la facultad de pensar. En tal caso, no habría almas pensantes individuales, sino un alma pensante⁵³. Esta confusión dio lugar a que sus seguidores efectuaran interpretaciones en distintos sentidos.

Ya en la filosofía cristiana San Agustín subrayó el carácter "pensante" del alma. Puede decirse que dentro del pensamiento cristiano el alma es vista no sólo como algo de índole inmaterial sino también, y en particular, "espiritual personal". El alma es el aspecto espiritual de la persona y, como tal, tiene una relación filial -y no sólo intelectual- con la Persona Divina; es lo que puede salvarse en la contemplación de Dios, Su creador⁵⁴.

Tomás de Aquino, por su parte, introdujo a la cuestión los términos aristotélicos dentro del pensamiento cristiano, no obstante, fueron las concepciones de Agustín las que se pusieron influyeron decisivamente en las reflexiones de Descartes y Malebranche. Según todos estos autores, el alma tiene sobre todo espontaneidad e intimidad, de modo que la relación entre ella y el mundo es distinta de la que se advierte en el tomismo. Mientras la concepción antigua tradicional es una especie de realismo según el cual en última instancia el alma está en el mundo, la concepción agustiniana y moderna es un idealismo para el cual el mundo está en el alma.

Muchos autores modernos se han ocupado del problema del alma, se ha examinado si el alma se reduce al cuerpo, o el cuerpo al alma, o si ambos son manifestaciones de una substancia única, etc.

Pero puede preguntarse si al usar el concepto de alma dichos autores modernos tenían presentes las ideas desarrolladas por filósofos como Platón, Aristóteles, San

⁵³ *Ibíd.*, pág. 77.-

⁵⁴ *Ibíd.*, pág. 78.-

Agustín, Santo Tomás y otros. Estos filósofos solían incluir dentro del concepto del alma los conceptos de lo psíquico, de la conciencia, del pensamiento, etc. No es seguro, en cambio, que al hablar del alma los modernos se refieran a algo más que al conjunto de las operaciones psíquicas o, como se ha dicho, al pensamiento. En algunos casos, la idea del alma y de lo psíquico se halla unida. Pero Hume, al someter a análisis la noción del yo, parece pensar en el alma en tanto que “substancia psíquica”. En su presentación de los paralogismos, Kant distinguió entre el yo como fenómeno y el yo como noumeno. El primero parece designar lo psíquico en general; el segundo, el alma⁵⁵.

Al avanzar en los posteriores filósofos que estudiaron el problema, conviene verificar si al tratar al alma lo hacen en sentido tradicional o en base a nociones distintas. Y el lector podrá tomar partido por una u otra corriente de pensamiento, pero no puede fijarse un criterio de verdad respecto del problema, atento a que es inevitable en este tipo de cuestiones involucrar creencias personales arraigadas desde antaño en nuestras concepciones, siendo la existencia –o no- del alma y su destino –en caso de verificarse aquella- un problema que preocupa no sólo al filósofo sino a todo sujeto que se representa la idea de la muerte y la esperanza de trascender luego de llegada ésta.

Solo queda concluir que es muy posible que morir sea regresar a lo que siempre hemos sido.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ADOLFO P. CARPIO, “Principios de Filosofía”, 2º Edición, Glauco, Buenos Aires, 2004.
- ARISTOTELES, “Obra Biológica- De Partibus Animalium, De Motu Animalium, De Incessu Animalium” Traducción Rosana Bartolomé, Luarna, Madrid, 2010.
- CLAUDE TRESMONTANT, “El Problema del Alma”, Editorial Herder, Barcelona, 1974.
- D. J. O’CONNOR “Historia Crítica de la Filosofía Occidental”, Tomo II: La Filosofía en la Edad Media y los Orígenes del Pensamiento Moderno”, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967.

⁵⁵ Ob. Cit., pág. 79.-

- ELOS MIRANDA, Andrés, “La inmortalidad del Alma: una exploración general y tentativa a través de Homero, el Orfismo, Platón y Aristóteles”, Repositorio de la Universidad de Chile, 2010, Disponible en: Disponible en <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/109924>, consultado el: 12/07/2021.-
- GARCÍA GUAL, Carlos, “Los nuevos textos órficos”, Revista de Libros Segunda Época N° 106, Octubre 2005, disponible en: https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=2584&t=articulos, consultado el 12/07/2021.-
- JOSE FERRATER MORA, “Diccionario de Filosofía”, Tomo I A-K, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1958.
- NICOLE LORAUX, “Las Experiencias de Tiresias, lo Femenino y el Hombre Griego”, Editorial Biblos, Colección Daimon, Buenos Aires, 2003.
- MIGUEL HERRERO DE JAUREGUI, “Tradición Órfica y Cristianismo Antiguo”, Editorial Trotta, Madrid, 2007.
- MIGUEL ANGEL CIURO CALDANI, “Lecciones de Historia de la Filosofía del Derecho I”, Fundación para las Investigaciones Jurídicas, Rosario, 1991.
- MIGUEL ANGEL CIURO CALDANI, “Lecciones de Historia de la Filosofía del Derecho II”, Fundación para las Investigaciones Jurídicas”, Rosario 1993.
- PLATON, “Fedón”, Editorial Agebe, Buenos Aires, 2006.
- PLATÓN, “República”, Editorial Edeuba, 24° Edición, Buenos Aires, 2011.
- RENÉ DESCARTES, “Discurso del Método- Meditaciones Metafísicas”, Editorial Gradifco, Buenos Aires, 2007.
- VOLTAIRE, “Carta sobre el alma y el señor Locke- Primer Apéndice de la Carta XIII”, Página 12, Impreso en Confor Guías S.A., Buenos Aires.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
--------------------------	----------

CAPITULO I: “PRIMERAS NOCIONES DEL PROBLEMA”.

1. Los Upanishad y el Orfismo.....	2
2. Pitágoras	3
3. Empédocles.....	4
4. Los Atomistas.....	4

CAPITULO II: “EL PROBLEMA DEL ALMA SEGÚN PLATÓN”.

1. Relación entre el cuerpo y el alma.....	6
2. La inmortalidad del alma.....	13
3. El problema del alma en la teoría del conocimiento.....	15

CAPITULO III: “EL ALMA DESPUÉS DE PLATÓN”.

1. Aristóteles.....	19
2. Maniqueísmo.....	22
3. Plotino.....	22

CAPITULO IV: “EL PROBLEMA SEGÚN LA FILOSOFÍA MEDIEVAL”.

1. Filosofía Medieval: cristianismo.....	25
2. San Agustín.....	25
3. Santo Tomás.....	27

CAPITULO V: “FILOSOFÍA Y ALMA EN LA MODERNIDAD”.

1. Descartes.....	30
2. Malebranche.....	32
3. La visión crítica de Voltaire.....	33

CONCLUSIÓN. RESUMEN FINAL DEL PROBLEMA.....	36
--	-----------

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA.....	41
-------------------------------------	-----------